

UN PINTOR EN LA CORTE

Pérez Gállego

En su último y espléndido libro sobre Goya publicado por la CAI, Arturo Anson ha tenido la idea feliz de señalar en un mapa de la Zaragoza del último tercio del siglo XVIII los lugares donde vivió o trabajó Goya. Me gustaría como vecino de Madrid que soy (aunque conserve la regionalidad aragonesa) hacer otro tanto con los hogares de Goya en la capital del reino.

A saber: Calle del Reloj (1774, con los Bayeu); calle del Espejo (1777); Carrera de San Jerónimo, 66 (1778, casa de la marquesa de Campollano); calle del Desengaño, 1 (1799-1782, la misma de la perfumería donde se vendieron los Caprichos); calle de los Reyes, 7 (1829); calle de Valverde (1819), y, en fin, la Quinta del Sordo (1819). A estos domicilios privados habría que añadir los lugares de trabajo —Academia de San Fernando y Fábrica de Tapices— más el propio palacio real.

Goya llega a Madrid por vez primera, con 17 años, en 1863. Se aloja verosimilmente en el espacioso piso de su maestro, Francisco Bayeu, en la calle del Reloj (superada ya felizmente la estancia en la fonda de la calle de Atocha), donde vive con sus hermanos, Manuel, Ramón y Josefina, y todavía hay espacio suficiente para abrir una academia de dibujo y pintura. Como escribió con humor Sánchez Cantón, allí encontró Goya «protección, enseñanza y novia».

Los «noveladores» de la vida de Francisco, como decía con gracia Beroqui, adjudican a Goya en aquellos tempranos años madrileños las más curiosas ocupaciones. Su afición a los toros convierte al mozo en banderillero de una cuadrilla pueblerina. Su necesidad de ganar unos cuartos lo enrolla en la cocina del Horno de Botín, donde vigila asados y friega platos. Sólo faltaría, aventura Beroqui, ver al mozállon aragonés entre los amotinados contra Esquilache en 1866.

Lo más lógico es pensar que Goya llega a Madrid no sólo para trabajar junto a Bayeu como alumno y colaborador, sino para presentar su candidatura a una plaza en la Academia. Francisco y Josefa, que ya se conocían de Zaragoza, se casan en Madrid el día de Santiago de 1773, en la parroquia de San Martín. La pareja regresa a Zaragoza, pero por poco tiempo, porque reaparece en el piso madrileño de la calle del Reloj en 1775. Las cosas.

Goya tiene entonces 29 años y es una figura conocida en la Corte. Anuncia sus láminas en la «Gaceta» y repasa con fruición, digo yo, los nombres de sus futuros clientes. Se ha marcado como meta llegar a pintor de cámara, pero fracasa. En compensación, la Academia lo recibe «como a uno de sus individuos» tras entregar Goya como es preceptivo una obra, «Cristo crucificado», hoy en El Prado.

Hombre inquieto y viajero, al que se le da un ardite botar en una diligencia, va y viene a Zaragoza, según las ocasiones, para pasar allí las fiestas del Pilar o copiar las ruinas de los Sitios (bocetos que destruyó por miedo a los franceses). En Madrid trabaja hasta agotarse para la decoración de los Reales Sitios (El Pardo, El Escorial, La Granja). Si hay en nuestra pintura un caso de artista trabajador a destajo es Goya, mucho más que el exquisito Doménico o el flemático don Diego.

Don Francisco, aunque misteriosamente enfermo —«los ruidos en la cabeza» y quizá la sífilis—, es famoso. En la Academia ha hecho carrera al fin: académico de mérito (1780), teniente director de pintura (1785), director de dicha sección (1795), y director honorario de la casa (1797). En palacio comparte con Beyeu el cargo de pintor del rey (1786), pero después llega a pintor de cámara en exclusiva (1789).

Madrid es por aquella época —últimos años del siglo XVIII, primeros del XIX— una apacible corte burguesa a orillas del Manzanares, río enano junto al que se eleva un colosal Palacio de Oriente, día arquitectura más arrogante e indisputable de Madrid, dice Castelar. Por eso Madrid es Corte. Por la calle de Alcalá, en el tramo entre su Puerta y Cibeles, pasaban en tiempos de Goya 2000 carros y carrozas. Una cifra que hoy hace sonreír al arquitecto y urbanista Miguel Fisac, cuando calcula que en el año 2000 pasarán por el mismo lugar casi 300.000 vehículos diarios.



Fachada de la Iglesia de San Antonio de la Florida, en Madrid, donde descansan los restos de Goya. Su cúpula está pintada al fresco por el artista aragonés

El Madrid de Goya es el escenario cortesano donde triunfaban Bayeu y Mengs como pintores, trabajan en las tablas Mañquez y La Tirana, se recitan fábulas (y letrillas picantes) de Samaniego e Iriarte, se admiran las fábricas neoclásicas de don Ventura y Villanueva, se aplauden los lances de Hillo y la audaz ascensión de los globos Montgolfier... En las tertulias se critica la aparición del primer papel moneda emitido por el Banco de San Carlos y la prohibición de realizar estudios en el extranjero.

La paz se rompe. Un buen día los soldados franceses cruzan la península con la excusa de ir a Portugal. Es una trampa. Madrid-Móstoles (como se diría hoy) se alza en 1808 contra los invasores que fusilan a cuantos patriotas caen en sus manos. Los biógrafos apresurados de Goya dicen que éste pintó la carga de los mamelucos desde su casa en la Puerta del Sol e incluso que, tras el fusilamiento de los rebeldes, aquella misma noche acudió con un farolón a la Montaña del Príncipe Pio para tomar notas de la carnicería. El caballo de Wellington, al fin, caracolea entrando en Madrid... Tómese el lector la molestia de subrayar las personas o temas mencionados en los últimos párrafos y comprobará que el atentado Goya, testigo excepcional de su tiempo, captó buena parte de aquellos con sus pinceles, sus lápices, su buril.

No puede hablarse, desgraciadamente, de una Zaragoza goyesca (ni siquiera de esa coda del Rincón de Goya), pero sí de un Madrid goyesco. La capital de España conserva todavía, aunque parezca un milagro, las mejores y mayores obras del pintor (tesoros impa-

res del Prado, San Fernando, San Antonio de la Florida) y aún existen no pocos rincones goyescos tal y como don Francisco los pisó, desde el palacio de Oriente a la Alameda de Osuna (sobrevolada día y noche por los pájaros a reacción de Barajas).

«La vida de Goya discurre bajo cinco reinados —escrita hace años Lorenzo López Sancho, cronista de la villa—, Goya conoce y retrata a cuatro reyes: Carlos III, Carlos IV, José I y Fernando VII. Vive 82 años. De su dilatada existencia, Goya pasó en Madrid casi cincuenta, lo que ciñe su vivir madrileño entre dos grandes estruendos: el de los canteros, que transforman la ciudad bajo el reinado de Carlos III y el de los cañonazos y las descargas del 2 de Mayo, con el hermano de Napoleón en el trono».

¿Llegaría Goya a ser feliz en Madrid? En ocasiones, sí. El amargado ochentón, antes de escapar a Burdeos tildado de afrancesado, pasa sus últimos días madrileños recluido en una quinta extramuros de la villa, pasado el Manzanares, por la que había pagado 600.000 reales (de 1819). Decoró el comedor y el dormitorio con pinturas impropias de una quinta de recreo: un perro semienterrado, dos hombres luchando a muerte, un aquelarre, un pobrete que se masturbaba ante unas mozas... Ramón Gómez de la Serna, siempre genial, prefería pensar en Goya mirando con añoranza desde su «campico» el lejano Palacio de Oriente, «buscando con su catalejo la hora de España en aquel reloj de la plaza de la Armería, hora de una sola manilla, sin continuidad de minutos, sólo movido en bruscos cambios de largas horas históricas».